

Imágenes de un entorno tropical

Narrativa Colombiana y Medio Ambiente

Caldas, tema de este trabajo, es un departamento ubicado en el centrooccidente de Colombia; su extensión de 7888 K representa el 0.64 de la superficie del país, con un territorio que comprende tierras escarpadas de las cordilleras central y occidental de Colombia, atravesado por dos de los ríos más caudalosos del país (Cauca y Magdalena), y al tiempo empinándose hasta los casi 5400 metros en el Nevado del Ruiz. Este es el escenario de mi apuesta temática: un autor nacido en Caldas, ¿dónde pone en movimiento a sus personajes y sus historias?.

El primer fantasma que hay que neutralizar es el del estereotipo, y por ello quiero decir aquella configuración imaginaria fundada en la tradición o en el prejuicio. Y es que tradición y prejuicio nos hacen ver como natural aquello que en nuestro entorno hemos constituido como tal, de donde se desprende la afirmación de que cada cultura se tiene a sí misma como paradigma de lo que es normal, de lo que es natural: para una cultura es real aquello que decide tomar como real. El mundo hipercomunicado que vivimos en la actualidad nos vende la ilusión de que tenemos acceso a información confiable y, a contrario, con frecuencia lo que hace es legitimar el simulacro de

información tras la hipertrofia de la comunicación¹ cuando en realidad lo que hace es reforzar tanto la tradición como el prejuicio, hecho que quizás es más fuerte en regiones con un largo historial de colonización². Así, una tierra metida en la montaña andina del trópico americano, podríamos pensar, ha de ser un paisajillo verde, con agua que canturrea descendiendo la cordillera. Baste con el ejercicio de recopilar una veintena de respuestas a la pregunta “¿cómo es el clima tropical?” a habitantes de diversas latitudes, para asistir a un muestreo interesante del estereotipo sobre lo que es el trópico, como si pudiera enunciarse con ese artículo definido singular más allá de un propósito llanamente pedagógico, o si se quiere propedéutico. El trópico es diverso y uno, escenario de una agobiante multiplicidad que es imposible agotar con un estereotipo.

El primer aspecto que abordamos es el de los prolegómenos y ello desde los dos nodos del tema: por un lado literatura entendida como texto de ficción, en prosa, publicado, de escritores nacidos en el departamento de Caldas, y únicamente textos que hayan recibido reconocimiento otorgado por un jurado. Por otro lado, medio ambiente es una noción que se sitúa más allá de la ecología; por medio ambiente entiendo el entorno, lo que hay alrededor, es decir donde los personajes interactúan: las coordenadas que representan la ubicación de un ser en alguna parte.

Ahora bien, la cosa literaria se desarrolla (casi) siempre en un lugar, y ese lugar tiene una materialidad que se construye también con los objetos que la llenan. Así, tendremos entonces diversos vectores que componen el cañamazo conceptual que

(1) En el sentido en que lo diferencia Eco en su *Tratado de Semiótica General*, por ejemplo.

(2) Ver *La Guerre des Rêves*, de Marc Augé sobre el tema de imaginarios colonizados. Jacques Le Goff.

aquí llamamos entorno: lugar, condiciones climáticas, objetos diversos como referentes que configuran el topos.

Intentaremos seguir un esquema de tensión creciente, que evolucionará desde las imágenes simples, es decir 'transparencias' de la realidad, hasta las elaboraciones más fuertes en el sentido cultural, que pasan por las metamorfosis obligadas por la estrategia creadora.

I. NATURALEZA ANODINA

Esta categoría de elementos es transparente; en buena medida satisface el estereotipo, es decir aparecen con una imagen 'realista', no hay alteración ni invención; los autores no incurrir en diseños, neomorfismos o cosa por el estilo. Denominaremos naturaleza tanto al entorno intervenido como al no intervenido: colinas y montañas verdes, riachuelos, la población florifaunística, y que sin apartarse de lo real alude a muebles y enseres: camas, sillas, armarios, enjalmas, herraduras, etc. Podemos incluir también las manifestaciones culturales tales como la culinaria, prácticas agrícolas y los usos medicinales de las plantas. Pero tendremos que indicar claramente que es una presencia de rápido decrecimiento en la narrativa estudiada; su presencia sólo es importante en la primera mitad del siglo XX.

Pronto nos vemos obligados a incluir en el abanico de elementos integrantes del entorno uno que resulta inesperado, que a primera vista parece extraño que pueda considerarse como un componente semiótico entornal, porque no se trata de un mueble o inmueble, ni intervención arquitectónica. La ropa que no llevan puesta los personajes se constituye en signo de una postura, de rebeldía, de abandono, en todo caso de rompimiento con lo que en el entorno es el orden establecido. La ropa no puesta transmite relaciones de conflicto: el chico desordenado, la habitación que es espacio de crisis individual o de pareja,

la condición de pobreza de quien tiene como trabajo lavar la ropa de otros, la ropa abandonada del demente o de la víctima. Esa ropa entra en relación con el entorno, en la medida en que se convierte en punto de atención para la narración; su presencia es análoga con respecto a los personajes: sobre la cama o la silla, tirada por el suelo, extendida en un prado, etc.

Los usos constructivos tradicionales se caracterizan por ser orgánicos, altamente ecológicos al emplear materiales de fácil acceso. El bahareque reemplazó en Caldas a la tapia: de la tierra compactada se pasó a la mezcla de cagajón de vaca con tierra y paja en una estructura de guadua, la cual tiene excelentes propiedades mecánicas y es además sismo-resistente. Pero dichos usos pronto se ven desplazados por la incorporación de otros materiales que surgirán en tanto en cuanto signo de riqueza para quien puede pagarse una obra con materiales traídos de otro lugar: cemento, mármol, zinc, fibrocemento, vidrio, hierro. Allí se ubica ya una diferencia de clases visible para todos, lo que a su vez genera unos espacios que denominaré de la tradición segregante: allí sólo tienen ingreso unos pocos, que son todos privilegiados, así se trate de los empleados. Hablo, por ejemplo, de la oficina de algún personaje, ubicada donde únicamente acceden los elegidos (lo alto de una construcción, una habitación alejada en una casa o finca); también los espacios del ocio opulento: el club social, el condominio, el gimnasio, la sauna o el baño turco.

Los intentos descriptivos arquitectónicos, y sobre todo los urbanísticos, están marcados negativamente, como medio para indicar la injusticia que atraviesa las relaciones entre victimarios y víctimas; no en vano en *El Último encuentro*, así como en *Toque de queda* de Adalberto Agudelo (para tomar un solo ejemplo) se insiste en aspectos de las construcciones donde se encuentran los personajes: patios, oficinas, casas, etc, y en particular un precioso trabajo de ebanista (¡que el potentado se niega a pagar!) y que es mencionado en ambos textos, obra del

padre del estudiante que será asesinado por la policía. Esta característica se articula espontáneamente con la imagen que se muestra de la ciudad.

II. LOS ESPACIOS MÍNIMOS

Señalamos espacios pequeños, limitados y casi siempre cerrados, con escasa iluminación y ventilación; es frecuente que aparezcan acompañados por la expresión 'cuatro paredes', que pueden ser ora materiales, ora simbólicas. Desde el cuarto hasta el país, pasando por el barrio y la ciudad (pero sobre todo el pueblo de provincia) se sienten bajo la figura estrecha de las 'cuatro paredes' en testimonio de la estrechez mental de quienes allí viven; pero también tenemos la agobiante presencia de las 'cuatro paredes' reales de la mísera habitación en la casa o el tugurio, del cuartucho de hotel, de la celda de prisión o del cuarto de sanatorio mental.

Si rastreamos la presencia de imágenes positivas y negativas ligadas al pueblo o la ciudad pequeña, encontraremos una marcada tendencia a la percepción negativa, donde aparecen como espacios en que los habitantes son poco menos que prisioneros, cuyo proyecto de vida pasa por el rebasamiento del pueblo natal o la pequeña ciudad. Aquí hay además (¡sobre todo!) una manera de pensar en concordancia, es decir, en pequeño, bajo la tutela de formas de relación desuetas y opresivas. Es curioso que inclusive la gran urbe que es Bogotá surge en lo esencial devaluada a partir de su componente caótico, dejando de lado que se trata de una cosmópolis pletórica de oportunidades, esas mismas que reclaman los personajes cuando añoran salir de su terruño.

De esa imagen devaluada de la ciudad como encierro hay una transición fácil hacia todo tipo de espacio y de relación espacial marcada negativamente. Son figura central los desposeídos, que son obligados a abandonar su lugar, lo que se rela-

ciona con dos formas contrarias: la expulsión y el secuestro. *Pensamientos de Guerra* se construye sobre un doble vector: uno epistolar realizado por Ludwig Wittgstein durante la guerra; el otro donde un narrador cuenta el recorrido de alguien a quien siempre llama el prisionero: un profesor universitario que es secuestrado delante de sus alumnos mientras da su cátedra (sus captores lo llamarán paradójicamente *pajarito*).

Esos espacios mínimos se expresan mediante variaciones sobre el tema de la celda: el cuarto de hotel del sujeto recién llegado a la ciudad, la habitación del neurótico que opta por el encierro, el cuartucho de pensión al que se ven obligados los viejos entrados en años y en penurias, la casucha miserable del tugurio donde se forja el crimen... o la revolución. Y tendremos que añadir aquellos espacios que materializan el poder, tanto el poder político del prisionero de opinión que será desaparecido, como el poder social que castiga a quien infringe la ley, y el poder cultural que encierra al que se aparta de lo admitido: el homosexual, la libertina. Hay que añadir a esta lista la del poder del crimen con esa forma particularmente bestial que es el encierro del secuestrado, con frecuencia bajo tierra. En la narrativa reciente ya comienza a surgir (bajo modalidades múltiples por lo demás) una literatura del exilio, dada la enorme cantidad de caldenses que han salido de su tierra por voluntad propia, o bien obligados por nunca se sabe oficialmente quien. Un singular caso lo constituye la imagen repetida de personajes de *El Viaje Triunfal* que experimentan la emoción de la tumba, el ataúd, la catacumba, el carruaje: todos lugares 'de la provocación' vinculados con la infracción o el placer erótico.

III. ESPACIOS DE RECONOCIMIENTO

En el terruño, que es adentro, los sujetos se conocen; allí se disfruta del respeto de los coetáneos, hay una pertenencia no disputada. Lo propio de los pueblos es la visibilidad perma-

nente a la cual no existe escapatoria pues hay rituales que exigen ponerse a la vista, como la misa, diaria o semanal, las visitas en casa donde las matronas de todas las clases sociales reciben a sus iguales para el chismorreo que les permite compartir su mundo real y su mundo imaginario. Y está el afuera, donde se es protagonista del extrañamiento unas veces encantado, otras angustiogeno del juego entre la deferencia y la indiferencia de quienes se cruzan en el camino. Resulta curioso anotar que los viajeros de la literatura caldense bogan tierras diversas en una evidente comodidad, tienen protectores o amigos y hacen amistades con facilidad, es decir que a contrario de lo que hubiéramos podido pensar no se da ese anonimato angustioso del provinciano que llega nuevo a la ciudad; tenemos inclusive el ejemplo de quien ha caído en un hotelucho que hace de burdel ocasional y nuestro personaje se acopla a los curiosos ruidos de sus vecinos y llega a incursionar en un principio de voyeurismo que parece natural. Tony Flowers se mueve con solvencia en New York o en Los Angeles, Tinieblo Calandraco en Bogotá; los hijos de Tomás Santamaría viven en París, Barcelona y los Llanos Orientales de Colombia y en cada uno de esos espacios son protagonistas de la vida social; Toto López logra instalarse con facilidad en el Valle del Cauca tras huir de la justicia que lo persigue por homicidio; el mencionado Ludwig Wittgstein se ve en diversos desplazamientos motivados por la guerra mundial; Nolasco Vanegas llega a Sotiela donde al correr del tiempo logra convertirse en protegido del amo y luego en amo él mismo; y concluimos con el gran viajero de esta narrativa, el poeta Faría Utrillo que recorre mil ciudades.

Además, está el otro, el espacio que se añora porque allí se estuvo, porque alguien que se conoce (y que en consecuencia es cercano) se encuentra allí, o porque hay planes para estar allí en un futuro; en cualquier caso es un espacio enunciado que está signado positivamente: da estatus al locutor. Así, hablar, no ya del *oncle d'Amérique*, sino del hermano, y sobre todo del hijo,

que vive en la capital, o en el extranjero es una fórmula infalible para ganar altura en la escala social. Afuera resulta ser el espacio de la satisfacción, de la realización del deseo, de la posibilidad de escapar a un destino que en el pueblo parece decidido de antemano por el nacimiento. Empero, estoy tentado a postular que no hay espacio público en las letras caldenses, sólo espacios privados donde la intimidad es con frecuencia violentada. Así tenemos la trágica vida de un niño de tugurio que es abandonado por sus hermanas en pleno centro de la ciudad, en un intento (fallido) por deshacerse de esa carga (*Suicidio por Reflexión*), o la intromisión de la familia del rico secuestrado en casa de la clarividente, única que indica con exactitud dónde está el desaparecido, pero a quien nadie le cree por la miseria de su vivienda (*El Zorro y el olor del jazmín*). Si bien es cierto que encontramos puertas y ventanas, no ejercen función de vínculo sino de separación; detrás están quienes detentan el poder, o aquellos a quienes se ha separado de la sociedad por considerarlos peligrosos para el bienestar de ésta. Por lo demás, la calle es tensa, cuando no violenta; el parque es peligroso, lugar de abandono, lugar del rapto, o inicio del viaje que llevará al personaje lejos de su pueblo.

IV. MODALIZACIONES DE LOS LUGARES

La práctica social ha transformado muchos espacios en lugares, es decir que se han constituido en mojonos preñados de sentido cultural. A nivel local la plaza del pueblo es el lugar privilegiado, casi el único por lo demás; en las capitales, calles cuyo significado se ha desbordado para ser denominación de una zona: en Manizales carrera 23, Chipre, la Francia; en Bogotá la séptima, la trece, inclusive una forma totalmente vaga como *El Sur*, o *El Norte* entraña un contenido que parece darse por entendido en todos los hablantes. Hay pues una especie de timidez en la creación topográfica: los entornos tienen alta legibilidad para un lector local, y no hay muchos casos

en que el autor se aventure en el diseño de espacios nuevos; ello redundaría en un curioso fenómeno que no sabemos si es apego al terruño, o que tal vez sea la otra cara de ese apego, el provincialismo en cuanto mal del provinciano que escribe en la provincia, aunque intente no escribir sobre ella.

El mar activa imágenes positivas en el imaginario del escritor montañoso, y es aquella mar idílica, vinculada a las formas más simples del Caribe: playas claras, mar calmo y de azules transparentes, tibias brisas que menguan el calor agobiante del trópico. El mar está fuertemente valorizado como promesa de satisfacción, de plenitud: "El mar que soñamos siempre siempre azul, estrellando en los acantilados todos los malos pensamientos", escribe el personaje de *De Rumba Corrida*. Sólo el aventurero Faría Utrillo vive un huracán cerca de Jamaica... y allí se relaciona con la mujer que esposará luego. Cosa muy distinta acontece con las imágenes de la ciudad. Las ciudades colombianas se han convertido en lugares especialmente violentos debido a las dinámicas culturales recientes: abandono voluntario u obligado del campo, narcotráfico, etc., y ello impacta de manera evidente las escrituras recientes de la región. La ciudad es hostil, tiene un aspecto intimidante y representa una constante amenaza para el morador. El protagonista de *Con el alma en la boca*³ despliega su monólogo interior en el aeropuerto de "Medallo" (Medellín), donde ha de hacer su 'trabajito'. Este nuevo sujeto urbano, a menudo con raíces rurales muy recientes, y sumido en la violencia urbana, siente total desprecio por los que caerán, bajo sus balas: "Pero no me importa; no debe importarme, no existen para mí así como yo no existo para ellos." He aquí un axioma social sobre el cual podrían extenderse a voluntad especialistas en analizar el fenó-

(3) CHALARCA, José. *Con el alma en la boca*. Manizales, Imprenta Departamental, 1993.

meno de las violencias en el mundo. Después del relato sobre el sicario de Medellín, tenemos un relato con el trasfondo violento del Bogotá de los bajos fondos, en *El ojo que no duerme*⁴ con un grupo de muchachos que hacen malabares en una motocicleta como espectáculo para oscuros personajes.

*La Mía es Venus*⁵ se sitúa en Bogotá: el 20 de Julio, día de la Fiesta de Independencia, la carrera décima. En la noche urbana el bus es "monstruo comegente", que engulle a los viajeros al tiempo que "arrojaba por detrás sus detritus con premura", y esos detritus son los pasajeros que descienden: "sombras gastadas ya, deglutidas por el día y triturados por el viaje." La urbe tiene sus propias dinámicas "de noche y en el sur de Bogotá donde siempre es bueno llevar plata para el atraco o sino (sic) lo chuzan a uno por irresponsable." Hay, claro, metrópolis como Bogotá, New York, Los Ángeles, París, Madrid, pero hay también ciudades menores, anodinas, escuálidas; así "La plaza polvorienta y soleada del puerto" sobre el río Magdalena donde pasa su vejez *El Capitán Martirio*⁶ es el escenario para este espécimen nacional de los productos de la violencia: un jovencito que presencia la masacre de toda su familia y que a su vez se convierte en asesino. Luego de sus trágicas hazañas, el Capitán Martirio se transforma en vendedor de pescado "Sobre una rústica mesa ofrecía el bagre, el barbado, la sarta de bocachicos y los huevos de caimán de río", abanico de la riqueza ictiológica fluvial de Colombia, hoy notoriamente menguada.

(4) ECHEVERRI JARAMILLO, Jaime. *El ojo que no duerme*. Manizales, Imprenta Departamental, 1993.

(5) JIMENEZ, Manuel. *Amalia se fue a las nubes*. Edit. Subrayados. Manizales, 1993

(6) DIAZ, Nestor Gustavo. *El Capitán Martirio*. Manizales, Imprenta Departamental, 1993.

Hemos de encontrar la topografía campestre en *El hombre, el camino y la montaña*⁷ donde un hombre regresa a su terruño recordando las palabras de su padre: “cuando vuelvas, muchacho, aquí encontrarás a tu viejo más viejo, y tu pedazo de montaña, y tu parcela alegre y húmeda y la flor de estos campos.” Historia de campesino emigrado al espejismo de la ciudad y al consiguiente fracaso: “Lo que le había dado (la ciudad) se lo había arrebatado de nuevo con mano alevosa y astuta.” La montaña es hermosa, recuperada de la memoria, “Un aire fresco le acariciaba el rostro, un aire de montaña, tonificante y eficaz, un aire que descendía aún más fresco y fuerte para darle la bienvenida.” La ciudad, a contrario, es mencionada con la imagen carcelaria: “la obsesión carcelaria de la ciudad que le había aprisionado empezaba a soltar sus cadenas”. La ciudad es vivencia de una nueva dimensión del ser humano, su pequeñez en la urbe, su sojuzgamiento permanente, la conciencia de su vulnerabilidad.

*Apocalipsis*⁸ es el recuento de una inundación y sus estragos “Toda el agua que cayó a la montaña se deslizó presurosa, furiosa [...] El fuerte viento que descuajó pinos y eucaliptus no fue aquella noche el rumoroso viento de siempre sino el bramido de la naturaleza azotada.” A la naturaleza desatada se le asignan intenciones que la acercan a la psicología humanizada: “Todo pareció a propósito. No quedó la huella de un nido ni de un pájaro ni de una guarida. El silencio y la quietud del bosque despejado que mostraba el cielo a cada trecho parecía una confesión. Antes, en otros años, en épocas pasadas cuando el dombo verde de los árboles gigantes no permitían ver una sola nube y el sol penetraba oblicuo en las mañanas o las tardes,

(7) NARANJO GOMEZ, José. *El hombre, el camino y la montaña*. Manizales, Imprenta Departamental, 1993.

(8) ZAPATA BONILLA, Jorge Eliécer. *Apocalipsis*. Manizales, Imprenta Departamental, 1993.

aunque llovía a cántaros, las cosas quedaban como siempre. Pero esta vez no, esta vez el huracán parecía una premonición venida de lo alto. Cosas de los tiempos, pensaron los aldeanos. Todo cambia, se dijeron los viejos repasando en la memoria que nunca antes hubo cosa igual y que esta era casi una tragedia. Cuando ellos fueron chicos, recordaban, el bosque que llamaban entonces selva tenía hasta voz propia porque hubo tigrillo y lobo y mucha serpiente y animales de caza que se fueron menguando por los balazos y las quemas y hasta por los insecticidas. ¡Cosas de los tiempos!" Si me he detenido un poco más en el tema de la ciudad es para presentar con antecedente el hecho de que en Caldas la literatura ha registrado con fidelidad el proceso de urbanización que ha seguido la sociedad contemporánea, hecho que se hace patente inclusive en la manera torpe como algunos escritores ponen a hablar a sus personajes para que hagan elogio del paisaje en términos que nunca le vendrían a la mente a un campesino, por ejemplo a ensoñar con un atardecer. Se da pues al tiempo una presencia más fuerte de lo urbano y la concomitante presencia de espacios reducidos, asociados a la angustia, a la enfermedad, la locura y la muerte.

El tema de la devastación ecológica que han implicado dos procesos centrales en el desarrollo caldense, la colonización y el cultivo del café, merecerían un análisis que sobrepasa las dimensiones de este documento. Baste decir, por ahora, que lo primero supuso la apertura de caminos y acondicionamiento de tierras para cultivo, a más del uso indiscriminado del patrimonio biótico con el consecuente empobrecimiento o desaparición de especies animales y vegetales⁹. A ello se sumó una política de cambios en la forma de cultivar y procesar el café que afectó hasta casi matar los ríos de la región, y cuyo momento

(9) En inciso referimos la costumbre, vigente hasta años recientes, de decorar el pesebre (nacimiento o belén navideño) con musgos y líquenes de páramo, que toman décadas en reproducirse.

crítico fue la introducción de la variedad de café *caturra* que por su necesidad de iluminación exigió el retiro de los frutales y maderables que hacían sombrío a la variedad *arabica* que se cultivaba anteriormente.

V. EXCLUSIONES

Dos temas no puedo dejar de mencionar por su trascendencia en la cultura regional, y porque en buena medida hoy tengo evidencia de que están relacionados; esos temas son el café y el exilio. Para decirlo en una sola frase, el gran ausente de la literatura caldense que constituyó el corpus de esta investigación es el producto más representativo de la actividad en Caldas: el café. Bástenos con repetir que hasta hace dos décadas fue un monocultivo alrededor del cual giró toda la actividad económica de la región y le significó un bienestar mayor que al resto del país... pero su ausencia en la literatura es notoria. Ello me ha llevado a plantear una pregunta alternativa cuya respuesta comienzo a construir: ¿cuál ha sido la impronta que el café ha dejado en Caldas, es decir si llegó a ser verdaderamente constitutivo cultural de la región, más allá de su rendimiento económico ahora marchito? La respuesta que despunta es negativa. Tomarse un café es quizás el gesto cotidiano mayor en Caldas, pero son pocas, poquísimas las alusiones a este acto fundamental de la sociabilidad caldense. De hecho, sólo hay una novela sobre el café, titulada *Trueque*, del autor Darío Calamata, pero es apenas una triste intentona pues se trata de un escrito de notoria pobreza literaria que el autor intenta ocultar bajo el ampuloso ropaje de un lenguaje alambicado y un pretendido tono épico.

El segundo tema resulta como consecuencia de la crisis cafetera que ha hundido al campesino caldense en una miseria sin precedentes y que ha estimulado la llegada de formas diversas de violencia. Así las ciudades han tenido que absorber a los pobladores de los pueblos pequeños que buscan horizontes

mejores, a los campesinos obligados a dejar sus parcelas, a los indígenas expulsados de sus tierras.

El siglo XX comienza con un nuevo departamento, Caldas, creado por ley en 1905. Y en las letras caldenses se empieza con un despliegue abigarrado del lirismo de la naturaleza en una novela de título elocuente, *Montañera*:

“Noche serena. Los campos están empapados en claro de luna, llegan ecos inciertos entre las alas ululantes del viento. Lloro una fontana bajo brezos enmarañados y floridos. La luna riela altísima y derrama sus lágrimas de lumbre, desde un cielo profundamente puro y profundamente azul, sobre los inmensos agros dormidos en la vaguedad silenciosa de la hora...”

Termina el siglo con obras que insisten en las metrópolis europeas y norteamericanas; de la noche serena que nos presentaba el inicio de *Montañera*, pasamos a la noche macabra del secuestrado:

“Las voces de la mujer, de Careleche y del jefe se han apagado, ya no escucha la lluvia, ha terminado su relato de Wittgestein, no tiene frío, ni miedo, ni ganas de seguir hablando con su propia mente. Siente que le rasca la cara, y acerca sus manos a la frente, se sorprende al no encontrar las esposas metálicas en sus muñecas, se toca la cara y no siente la piel, tampoco halla su carne, rasca un hueso sucio y carrasposo, se palpa el resto de su cuerpo y sólo descubre costillas, huesos de la pelvis, fémures con cabezas redondeadas. Es un esqueleto, debe de estar ya muerto, trata de recordar el nombre y el rostro de su hijo pero ya no le quedan recuerdos, su propio nombre no ha sobrevivido pegado a su cráneo seco, entonces entiende que murió hace ya años y siglos o que nunca ha sido. Cree sentir que se sonríe y sabe que ahora sí llegó la hora de guardar silencio, que es de mal gusto que los muertos sigan hablando.” (Mejía, 2000: 86)

Nos vemos, pues, ante una narrativa que manifiesta ya no una ambivalencia del dilema entre lo local y lo cosmopolita, sino que a medida que se hace más reciente, se hace más urbana, se aleja del terruño como forjador de individuos. A lo que asistimos es a un darle la espalda al entorno local para lanzarse —con resultados estéticos no especialmente brillantes— al amplio mundo de afuera, de lejos. De la naturaleza frondosa (que señalamos como no intervenida) se pasa sensiblemente a la ciudad hostil, y del campo florecido a la miseria que arrastra a los seres humanos a aventuras riesgosas o criminales.

Podemos cerrar con la tesis de que tanto es demasiado: el trópico arrastra la maldición de la abundancia. Cuando hay demasiado podemos darnos el lujo de ir a tientas pues aún así se recogen frutos. Una tierra que es fértil doce meses al año, donde pueden obtenerse varias cosechas anuales de muchos cultivos, donde el sol calienta en permanencia y el follaje fresquea también en permanencia, nos arrincona en la no previsión, en un sentimiento de plenitud en el cual el entorno parece desdibujarse, y creemos poder, además de saquear impunemente el terruño, mirar con insistencia hacia otros lugares, esos donde la imaginación nos ofrece la ilusión de ser, finalmente ser.

JULIÁN GARCÍA GONZÁLEZ
Universidad Nacional de Colombia

Bibliografía

A. asuntos generales sobre el tema

- AA.VV. *Cuento caldense actual* (CCA), Manizales, Imprenta Deptal, 1993
- Dubois, Mathée et al. *Diccionario de lingüística*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- García, Julián. *Triangulación en el texto*. *Revista Yupana* n. 2, nov. 1988
- García, Julián. *La narrativa del amor y el desamor*. *Quehacer Cultural* n. 89, dic. 1993
- García, Julián. *Análisis del texto literario*. Manizales, Univ. Nacional, 1999.
- Guattari, Félix. *Las tres ecologías*. Valencia, Pre-textos, 1996
- Halliday, M.A.K. *El lenguaje como semiótica social*. Bogotá, F.C.E., 1994
- Henriquez U, Pedro. *Las corrientes literarias en América Hispánica*. Bogotá, F.C.E., 1994
- Jakobson, Roman. *Ensayos de lingüística general*. Barcelona, Seix Barral, 1981
- Jakobson, Roman. *Ensayos de poética*. México, F.C.E., 1977
- Jameson, Frederic. *La cárcel del lenguaje*. Barcelona, Ariel Ed, 1980.
- Kristeva, Julia. *Semiótica*. Madrid, Ed. Fundamentos, 1981
- Malrieu, Philippe. *La Construcción de lo imaginario*. Madrid, Guadarrama, 1971
- Morales Benitez, Otto. *Esencia de la cultura caldense*, in *Revista Correo de los Andes* N. 46 Bogotá, Ag-Spt 1987, p 34
- Morin, Edgar. *La naturaleza de la naturaleza*. Madrid, Cátedra, 1997
- Morin, Edgar. *El conocimiento del conocimiento*. Madrid, Cátedra, 1999
- Morin, Edgar. *La vida de la vida*. Madrid. Ed. Cátedra, 1998.
- Morin, Edgar. *Las ideas*. Madrid, Cátedra, 1992
- Osorio, Luis Enrique. *Caldas - 1963*. Manizales, Imprenta Departamental, 1963.
- Salazar Ossa, Tiberio. *Geografía de Caldas*. s.f.

Sepúlveda, Jaime. *Caldas, Cómo se formó cómo se fragmentó*. S.l. Ediciones del Común, 1997.

B. Textos de narrativa citados.

Agudelo, Adalberto. *De rumba corrida*. Bogotá, Edit. Kimpres, 1998

Agudelo, Adalberto. *Las falsas verdades*, Manizales, Uni. de Caldas, 2002

Chalarca, José. *Con el alma en la boca*. Manizales, Imprenta Departamental, 1993.

Díaz, Nestor Gustavo. *El Capitán Martirio*. in CCA, Manizales, Imprenta Deptal, 1993.

Díaz, Nestor Gustavo. *El zorro y el olor del jazmín*. Manizales, Imprenta Deptal de Caldas. 1999.

Díaz, Nestor Gustavo. *La última inocencia*. Manizales, Imprenta Deptal, 1989.

Echeverri Jaramillo, Jaime. *El ojo que no duerme*. Manizales, Imprenta Departamental, 1993.

Historias reales de la vida falsa. Bogotá, Colcultura, 1979.

Las astucias del silencio. Bogotá, Colcultura, 1979.

García Aguilar, Eduardo. *El viaje triunfal*. Bogotá, Tercer Mundo Ed., 1993

Jiménez, Manuel Fdo. *Un día a la carta in Amalia se fue a las nubes*. Manizales, Imp. Subrayados, 1993.

Mejía Rivera, Orlando. *Pensamientos de guerra*. Bogotá. Mincultura. 2000

Naranjo Gómez, José. *El hombre, el camino y la montaña* in CCA, Manizales, Imprenta Deptal, 1993

Vélez Correa, Fabio. *Preparando el final*. in CCA, Manizales, Imprenta Deptal, 1993

Vélez Correa, Roberto. *La Pasión de las Gárgolas*

Vélez Correa, Roberto. *Retosños de piedra*

Zapata, Flobert. *Copia del insecto*. Manizales, Casa de Poesía Fernando Mejía Mejía, 1992. P. 11